

*Límites de la interdisciplina
y destotalización del saber
(sobre la condición epistemológica
del psicoanálisis)*

ROBERTO FOLLARI

La interdisciplina ha sido a menudo malentendida, y se ha supuesto una continuidad entre la unidad adscrita a lo real, y la que habría en el plano del conocimiento. Tal versión continuista del conocimiento, desproblematiza las dificultades que aparecen al articular objetos teóricos y metodológicos diferentes.

En particular, el psicoanálisis muestra sin embargo algunas especificaciones epistémicas cercanas a las del narrativismo en historia. Este asume de hecho que el lenguaje no sólo es referencial, sino también performativo: la ciencia sería en ese caso no sólo una constatación y explicación, sino una actuación, una jugada en el sentido del ajedrez. El psicoanálisis tiene que ser pensado epistemológicamente en esa clave.

Roberto Follari es Doctor en Psicología, y Profesor Titular e investigador en Epistemología de las Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo. Autor de *Psicoanálisis y sociedad: crítica del dispositivo pedagógico* y *Acerca de los efectos epistemológicos de la posmodernidad*, entre otros. Ha publicado artículos en revistas especializadas, tanto en ciencias sociales como en educación.

No es inhabitual que lo interdisciplinar aparezca como promesa de totalización, exactamente en sentido inverso a la carencia que el psicoanálisis patentiza en la castración: conocimiento completo, sutura de las grietas entre los diferentes saberes específicos, unificación sintetizante de lo diverso. Esta noción -propia de la modernidad- ha caído en desuso en tiempos posmodernos, pero no por ello deja de tener defensores, particularmente en Argentina donde aún se supone a la epistemología un rol regulatorio de juez exterior sobre las ciencias. Así hay quienes creen que se puede interrogar a lo epistemológico sobre la pertinencia de la operación, habida cuenta de las dificultades concretas que aparecen cuando se sale de las fantasías para intentar prácticas de investigación o de acción profesional en común.

La apelación a lo epistemológico es necesaria, si se piensa a ese saber no como espacio de fundación apriorístico que dice lo verdadero sobre lo verdadero, sino como reflexión metódica y sistemática, pero necesariamente situada sobre la contingencialidad que hace a sus objetos de análisis (el desarrollo de las diversificadas ciencias en cuanto tales) por un lado, y por otro a los criterios que a su respecto se construyen; los cuales -además- son externos a tales desarrollos (no simplemente derivables de estos de manera apodíctica), pero sin duda se establecen cada vez en relación con ellos, en obligación de dar cuenta de sus características cambiantes.

Con esta apelación, puede advertirse con claridad lo que hemos desarrollado en otro contexto (1): la especificidad disciplinar del conocimiento fue un logro histórico del que sería tan absurdo como imposible volver; la «totalidad del conocimiento» unificado estuvo sólo dada en la versión medieval de la filosofía escolástica, o en una racionalización generalizada y asfixiante como la de la filosofía hegeliana. No ha habido nunca ciencias unificadas, de modo que la idea de «volver» -esa nostalgia del paraíso perdido tan interpretable psicoanalíticamente- encubre el querer volver donde nunca se pudo haber estado. Por otro

lado, la epistemología bachelardiana muestra con precisión cómo los objetos de la ciencia son construidos, implican perspectivas y lecturas sobre lo real que esto no tiene demarcadas de suyo: de manera que los límites entre tales objetos no tienen la continuidad que poseen aquellos límites que uno pudiera demarcar empíricamente. Una ciencia no empieza donde termina la otra, y por ello sus mutuos acercamientos propondrían traslapamientos, contradicciones, bordes borrosos: de ninguna manera encontraríamos la forma de un rompecabezas, donde tranquilizadamente las disciplinas que han tenido diferenciales historias, vinieran a coincidir en una armónica y precisable Gestalt.

La interdisciplina no puede seguir los cánones positivistas de la «Enciclopedia de la ciencia unificada» que proponía el Círculo de Viena, o de esa quimera denominada «método científico», que supone las características de los procedimientos de pesquisa como ajenas al objeto específico pesquisado. Tampoco prescripciones como las de J. Piaget, quien fuera uno de aquellos a quienes más se apelara para «oficializar» lo interdisciplinar, a partir de un supuesto isomorfismo entre las estructuras subyacentes a todos los objetos, por «debajo» de su reconocida disimilitud empírica (2). Cualquiera de estas posiciones asume una metafísica defensa del Uno, pretende exorcizar un cúmulo muy diferenciado de teorías, métodos y técnicas, bajo la apelación a la homogeneidad.

No puede haber conocimiento interdisciplinar como «superación» del disciplinar, que tienda a borrar a este como estipulado por una artificiosa división sobre la supuestamente necesaria unidad de lo real. No se trata de terminar con enojosas divisiones, sino en todo caso de -advertida la necesidad de estas- establecer nexos, conexiones, articulaciones posibles entre los discursos de las diferentes disciplinas, reconocidos en su previa especificidad.

Sólo a partir de tal reconocimiento de la diferencialidad de métodos y objetos, puede evitarse la tendencia a un conocimiento que en su pretensión omnímoda, no podría ser otra

cosa que una mezcla analíticamente indiscernible de perspectivas y niveles de análisis que requieren ser discriminados.

Esto nos permite pensar lo interdisciplinar en el reconocimiento de la diferencia -tema de la época tan destacado como pocos (3)-, y también de la desfundamentación, ideas-fuerza ambas del posestructuralismo primero, y de los posmodernistas después. Así, puede pensarse en acercamientos tentativos, fragmentarios y -sobre todo- reversibles, es decir, pensados como concretas «operaciones» que no responden a alguna necesidad temática o metodológica intrínseca, sino más bien a una voluntad que propone a partir de su específico interés los criterios desde los cuales la conexión interdisciplinar se hace posible (4).

Dentro de estos supuestos, podemos hacer referencia al psicoanálisis. Ciertamente, un malentendido suele recorrerlo cuando algunos de sus adeptos o defensores, recurren al positivismo o sus herederos para buscar legitimación como teoría y/o práctica científica. Cier-to es que Freud puede haber asumido esquemas cientifistas y mecanicistas propios de su época: pero a esta altura de los tiempos, la insistencia en el observacionalismo y el logicismo no muestran otra cosa que desconocimiento de las muy diferentes tendencias que en epistemología autorizarían al psicoanálisis a partir de premisas como su desustancialización de la noción de sujeto y la producción de un objeto teórico con capacidad explicativa (Althusser), la posibilidad de uso de la hermenéutica como proceso comprensivo propio de las disciplinas sociales (Ricoeur), o la internidad de las condiciones de validación de una teoría de acuerdo con la especificidad del paradigma en que se ubica (Kuhn) (5).

Es a partir de esta especificidad de lo psicoanalítico como práctica que se da toda al interior del lenguaje, que se puede establecer sus relaciones con la narrativa. Precisamente esta se ha ligado con los estudios literarios por una parte, pero mayoritariamente con la ciencia de la historia (historiografía). De la historia real, ya acaecida, sólo nos quedan los siglos que ha dejado; privilegiadamente aquellos

documentos y testimonios lingüísticamente estructurados. Ello establece -sin duda- una analogía fuerte entre las condiciones de la historiografía y las del psicoanálisis.

Una de las pistas posibles a recorrer es la de C. Ginzburg, quien nos invitaba ya hace años a trabajar en ciencia bajo la idea de «un paradigma indiciario» (6). La noción sajona de *serendipity* plantea el seguir algún indicio, huella que marca algo posible, pero quizá no probable. Podemos asociarlo a la noción psicoanalítica de síntoma, ese *factum* donde se reconoce el conflicto que a la vez se expresa y se esconde; el indicio puede llevar a la punta del hilo, pero seguirlo implica una especial capacidad de discernimiento y astucia investigativa. Es la táctica -dice el autor- de los investigadores de crímenes, de los Sherlock Holmes ficticios o reales. Este tipo de investigación -que seguramente está más cerca de aquellas que rompen la ciencia «normal» que de las que la desarrollan, para Kuhn (7)- se aleja de los cánones de metodologías prescritas y de caminos prefijados. Y el psicoanálisis sin duda que encuentra allí analogías, en su práctica clínica que es la base de cualquier desarrollo teórico posterior: dado que hay que aprender a tener abierto el oído a lo dicho intersticialmente, a lo lanzado como al pasar, a aquello que no representa el centro temático del discurso, a los silencios y los acompasamientos de las palabras, a las repeticiones y los tonos del habla.

Si asumimos a fondo estos principios, advertiremos lo lejos que nos llevan de ideas tales como la de ubicar a un caso dentro de una ley general previamente conocida. No es que carezcamos de teoría previa al acercarnos a un caso, esa «observación pura» es sólo lo que Nietzsche llamaba «mito de la inmaculada percepción» (8); pero se trata no de generalizaciones empíricas estrictas, sino de referencias a múltiples casos que -con ciertos elementos teóricos que son para todos comunes, como la pulsión, el inconciente, el principio del placer, etc.- juegan diferencialmente en la interpretación de cada uno. Eso es, precisamente, lo que se alude en la expresión «método clínico», que impusiera cierta perplejidad en la época de la

Revolución Francesa, dado que implicaba hacer ciencia de los casos particulares (en contrariedad con la noción aristotélica de que ciencia hay sólo de lo universal) (9).

El psicoanalista deberá buscar tras la apariencia una Verdad (10); pero ciertamente, no la de los hechos fácticos sucedidos biográficamente al analizante, sino aquella que se ha inscripto en el universo simbólico del sujeto para constituirlo como tal (11): la cual está obturada por la represión, deformada por los recuerdos encubridores, atrapada en ese «territorio extranjero interior» que es el inconciente. Y saber desentrañarla, es disponer la atención flotante del analista en una particular escucha que deberá atender lo sintomal, descubrir la huella inesperada, atrapar la singularidad de un giro verbal o de la apelación a algún vocablo particularmente polisémico.

También la microhistoria seguida por Ginzburg ofrece perspectivas de interés (12). Su estudio del hereje Menocchio es particularmente aguda en cuanto muestra de la necesidad de seguimiento de la peculiaridad de un caso, para poder sacar de allí consecuencias teóricas que -sin embargo- tienen efectos generalizables. Mostrar las curiosas mezclas discursivas a que apelara el perseguido campesino frente a la furia inquisitorial, sus matices y sus muy diversificadas fuentes informativas, ha permitido advertir cómo las clases populares se han conformado desde las atribuciones de significado de las hegemónicas, a la vez que las han recompuesto considerablemente. Es decir: ni los sectores populares aparecen en un apacible mundo «exterior» al de los discursos dominantes (mundo supuestamente «puro» de lo popular por algunos vituperado, y por otros sobrevalorado), ni están absorbidos por estos de una manera unilateral. La específica forma en que se entrecruzan ambos, impide entonces una tipificación de los sectores sociales dominados como simplemente antagónicos, o como simplemente homogéneos con aquellos que ejercen el dominio. Los laberintos de la mutua relación deberán empíricamente establecerse en cada caso; pero este primer estudio ya vale para generalizar la imposibilidad de una generalización que no sea de contenido negativo

(«siempre ocurre que es imposible asimilar la cultura de los sectores populares a uno de los dos modelos ya apuntados»).

De un orden como este es el dispositivo psicoanalítico; no nos sirven los esquemas legaliformes propios de las disciplinas que trabajan con el causalismo determinista surgido desde Newton (13). Más que lo hipotético-deductivo, tendremos que ubicarnos en esquemas como el de la abducción (14): pero habrá que asumir que en estas circunstancias no sólo partimos de pocos casos para inferir una ley, sino que partimos de pocos casos para inferir una tendencia, o un mecanismo aplicable sólo a situaciones análogas (p.ej., los que presentan apelación a similares mecanismos de defensa, o que han sido marcados por experiencias homológamente asimiladas, etc.).

En todo caso, el psicoanálisis comparte con la historiografía también una de sus características más fuertes: la de mostrar que el discurso teórico no es una fiel copia del mundo. Si el mundo es el conjunto de «los hechos» (al decir de Wittgenstein), éste es prácticamente inagotable y potencialmente infinito. La historiografía no reseña todos los innumerables hechos del mundo -o los producidos por los hombres en el mundo- sino que sólo registra unos pocos, aquellos que de acuerdo con algún criterio de pertinencia son entendidos como decisivos. Por mucho tiempo, se asumió que estos eran los de la vida pública (guerras, gobiernos, etc.); últimamente, variado el criterio de pertenencia, se ha echado luz sobre espacios absolutamente ajenos al anterior horizonte de visibilidad social (historias de la cotidianidad, la vida privada, la mujer, etc.). Pero, en CUALQUIER caso, los hechos puestos en las cronologías son apenas un mínimo de los que han ocurrido. No se cuenta cuántos pasos dio Ud. en las últimas dos horas, o qué canción cantó su vecino en la mañana. La historia no describe: abre apenas una pequeña línea de discurso sobre la enorme opacidad de la totalidad del acaecer (14).

Este «fallido» de la historiografía le es consustancial, surge desde la finitud humana misma. Puede plantearse heideggerianamente como propio de la constitución del *Dasein*. Lo

cierto es que lleva a mostrar que la historia contada es siempre una construcción parcialmente arbitraria de algunos hechos presentados como aquellos dignos de ser tomados en cuenta. Y -como los hechos no hablan- la decisión de cuáles son los pertinentes corresponde al investigador; por supuesto, no como decisión puramente personal, sino como inscripción individual en una condición histórica que privilegia determinados núcleos de significado por sobre otros.

El analizante también narra historias, cuenta los hechos que le conciernen, y los cuenta desde su subjetividad. Su personal relato es tan contingente como el del historiador, sólo que menos mediado técnicamente, menos controlado por la racionalización y las exigencias de la presentación pública de resultados científicos. Pero es también la apertura de la significación desde el enorme hueco de sentido de lo real: por ello, será leída no como versión de eso real inaprehensible, sino como lectura posible desde un sesgo determinado. Esto se asume a menudo por los psicoanalistas, dado que su objeto es la subjetividad: pero no se suele advertir que en puridad no se está ante un discurso «subjetivo» que se opone a la pétreo densidad de otros discursos «objetivos» como serían los de las ciencias, sino que nos encontramos ante relatos que operan según la necesidad intrínseca de composición de cualquier relato: la omisión, la oclusión, la inclusión arbitraria.

Más difícil aún es asumir que el saber del analista opera en el mismo nivel. Saber necesariamente conjetural, saber que no sabe la Verdad del paciente, es él mismo jugado por la necesidad de elegir unas palabras sobre otras, de privilegiar determinadas relaciones sobre otras, de hacer construcciones o interpretaciones que son siempre una entre otras posibles. Aún si la construcción no pretendiera otra cosa que servir de disparador (dado que su acierto es, según Freud, indecible) (15), siempre implica un acto de elección con el riesgo que conlleva. Para nada las garantías del recto conocimiento que suponen los detentores del «método científico», aquellos que siempre hablan de la ciencia exitosa (al estilo de los manuales,

como mostró Kuhn), de modo de ocultar su ejercicio lleno de fallas, carente de garantías previas en el cual se dan las innúmeras investigaciones fracasadas que no son traídas a la palestra. El psicoanálisis opera conjeturalmente en su práctica, base de la investigación; como conjetural es el proceso de investigación en las ciencias físico-naturales, tantas veces idealizadas.

No está de más recordar lo que se dice desde Leibniz (16), y ha reafirmado Quine (17): puede haber diversas explicaciones consistentes con los mismos hechos empíricos. Ello significa, técnicamente, que puede haber más de una verdad del mismo objeto. Esto vale para cualquier disciplina, pero evidentemente se hace aún más acentuado en las referidas a lo social y a lo psíquico, en cuanto el lenguaje aparece tanto en aquel que hace la investigación, como en aquel que es investigado. Ello permite conceptualizar a la teoría psicoanalítica como una de aquellas (tal la historiografía) donde se patentizan más estrictamente las limitaciones a la objetividad propias no de esta teoría como tal, sino de cualquier teoría científica posible, en relación a cualquier objeto de análisis.

Es aquí donde podemos referirnos a Austin, y a su concepción del lenguaje como performativo, es decir, conformador de realidad. «Hacer cosas con palabras» (18) es mostrar que al dar una orden, o al hacer una promesa, el lenguaje carece de toda función referencial: opera plenamente en la producción de realidad, ejerce una actividad, es el acontecer de un acto: el acto de habla. Esto aleja la idea del lenguaje como re-presentación del mundo: muestra que él es un aspecto más dentro de ese mundo, no una especie de segundo orden que a tal mundo le fuera externo. El lenguaje como materialidad no reductible, que expresa un orden (p.ej., gramatical) que no es propio del orden de la realidad material, ni tampoco refleja a éste.

Existen actos de habla plenamente performativos, pero existe también una dimensión performativa común a cualquier acto de habla. No es concebible la posibilidad de simplemente «constatar» algún hecho, de una ma-

nera supuestamente objetiva. Si yo constato que llueve y realmente llueve, entonces el enunciado es verdadero, y aparece como simple constatación. Pero yo puedo haber dicho que llueve para ocultar que estaba al mismo tiempo robando una flor, y no quería que lo advirtiesen los demás: al decir algo, he ocultado otros hechos también verdaderos. Y aunque no tuviera intención de ocultar nada, es imposible decirlo todo, de modo que toda afirmación excluye otras que serían tan verdaderas como ella (19). Por tanto, todo acto de habla es una elección -a menudo para nada vista como tal- que oculta otros actos posibles. Es la apertura de un campo de significado, que necesariamente se establece sobre el ocultamiento de otros simultáneamente existentes, y también pasibles de discurso.

Ello se liga a una de las características básicas de la narratividad histórica: la no-necesidad de las conexiones entre los hechos que aparecen en la crónica. Siempre hay más de una conexión lógicamente plausible: será el investigador el que asuma una como la mejor desechando otras. Esto es lo que ha llevado a que pueda pensarse a la historia como cercana a las *stories* (20), y a que en las visiones más tradicionales de la historia se manifieste temor a la pérdida de la noción de causalidad objetiva (21).

Esto sin duda se aplica a la práctica psicoanalítica: las conexiones a proponer por el analista juegan como no-necesarias, como unas de las posibles, como modo plausible de encajar piezas que podrían encontrar más de un orden de armadura coherente. Ello lleva a desfondar la idea de que hubiera exactamente «una» verdad que encontrar: más bien se buscaría una dirección a la cura que resultara en el encuentro del deseo del sujeto, pero el camino de tal encuentro carecería de toda fijeza, habría muchos modos de llegar a él, y por cierto muchos modos -luego- de abrirle paso en el lenguaje del analizante, y en las construcciones del analista. Por supuesto, no se afirma que no existan múltiples conexiones fallidas, diferentes a aquellas que resulten plausibles por sus efectos en el camino del análisis: no son todas equiparables, ni deja de haber muchas

mal estructuradas y/o fracasadas. Porque de todo esto no se sigue el abandono de la vigilancia teórica, sino la diferencialidad de posibilidades que al interior de tal vigilancia puede aparecer entre diversas opciones válidas (reconocibles como tales siempre en parte sólo *post-factum*).

Pero tal vez lo más decisivo que surge de la idea de lenguaje como conformador de realidad, es que el lenguaje de ninguna ciencia es inocente. No puede pretenderse en la formalización de la ciencia/producto ocultarse las vicisitudes de la ciencia/proceso. Es esto lo que la epistemología más actual -sintomalmente desconocida en Argentina- plantea (22): hay que mostrar la «cocina» de la actividad científica para desembarazarse de la falsa conciencia que la acompaña. Los científicos no buscan en primera instancia la verdad, sino su afirmación laboral y profesional; los experimentos científicos rara vez se someten a la reproductibilidad, y si lo hacen con resultado que contradiga al hegemónico, se los califica de mal realizados; las explicaciones nunca son exhaustivas (porque -como se sabe desde Goedel- nunca podrían serlo); la retórica del «sabemos que», «hemos demostrado que», etc., oculta lo no sabido o no demostrado, en fin: la ciencia es otra cosa que lo que parece, y ello no por algún deliberado propósito de falseamiento, sino porque es una actividad humana, atravesada por lo inconciente, los intereses, las limitaciones, y las vanidades propias de cualquier actividad (el psicoanálisis muestra una lamentable historia en este sentido, justamente cuando se supondría que debiera poner palabra y concepto a algunas de estas cuestiones) (23).

Pero podemos a su vez pensar en el psicoanálisis -entonces- como actividad: como práctica técnica que exige un lenguaje que es un hacer, no un constatar. Un hacer que es un elegir una opción entre otras a la vez también juzgadas como convenientes: por ello, una «jugada», como quería Wittgenstein (24), tal cual las del ajedrez. Una apertura de sentido que condiciona la apertura que haga el otro. De esta clase es la práctica científica del psicoanálisis, y lo que tiene de acto (y del arrojo que conle-

va el acto, según mostrara Sartre), en nada la hace carente de una «objetividad» que ninguna ciencia tiene, ya que todas ellas surgen - igualmente - de actos. Así se nos permite pensar a este dispositivo como incluyendo la com-

plejidad inherente que la teoría de los juegos ha mostrado (25): una estrategia concreta de operación racional que para nada se atiene a los rasgos tradicionalmente estipulados sobre la científicidad (26).

Notas y Referencias

- (1) Follari, R.: *Interdisciplinariedad*, UAM-Azc., México, 1982. En Argentina están publicados los dos primeros capítulos en E. Ander-Egg/R. Follari: *Trabajo social e interdisciplinariedad*, Humanitas, 1988.
- (2) Piaget, J.: «La epistemología de las relaciones interdisciplinarias», en L. Apostel y otros: *Interdisciplinariedad*, Bibl. de la Educ. Superior, ANUIES, México, 1975.
- (3) Temas presentes en las obras de, p.ej., M. Foucault, G. Vattimo, J. Derrida.
- (4) Sobre la cuestión del interés en el conocimiento, fue Nietzsche quien la hizo patente. Habermas ha retomado la cuestión en otra perspectiva, más afín al racionalismo. Ver J. Habermas: *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid, 1982; y también *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, Tecnos, Madrid, 1982.
- (5) L. Althusser, «Freud y Lacan», en *Estructuralismo y psicoanálisis*, Nueva Visión, Bs. Aires, 1971; y «Marx y Freud», en *Nuevos Escritos*, Edit. Laie, Barcelona, 1978; P. Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México, 1983; Kuhn, T.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cult. Económica, México, 1980 (este último autor no se refiere al psicoanálisis, ni siquiera a las ciencias sociales en general; pero sus criterios pueden aplicarse coherentemente a ellas, con algunas precisiones específicas).
- (6) C. Ginzburg: «Señales. Raíces de un paradigma indiciario», en A. Gargani (comp.): *Crisis de la razón*, Siglo XXI, México, 1983.
- (7) Kuhn, T.: op. cit.
- (8) Esta problemática está en Bourdieu, P. et al.: *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, Bs. Aires, 1975, de donde está extraída también la cita de Nietzsche.
- (9) M. Foucault: *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI, México, 1980.
- (10) Ver en J. Lacan, por ej.: «La ciencia y la verdad», en sus *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1980; una ácida crítica en J. Derrida: *El concepto de verdad en Lacan*, Homo Sapiens, Bs. Aires, 1977.
- (11) La realidad psíquica como realidad por sí (aun cuando en parte producida desde la exterioridad al sujeto) es asumida por S. Freud cuando advierte que el síntoma no desaparece por la simple constatación del hecho traumático «objetivo». Puede constatarse en artículos como «La novela familiar del neurótico», o en su final «Esquema del psicoanálisis».
- (12) C. Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Muchnick edit., Barcelona.
- (13) Esta limitación de la ciencia físico-natural a lo causal/determinista es desafiada por las postulaciones de autoproducción de la naturaleza planteadas por el Premio Nobel Ilya Prigogine, p.ej. en su libro *Tan sólo una ilusión? (una exploración del caos al orden)*, Barcelona, 1993.
- (14) Borges ha sentenciado que la memoria es sólo una grieta en la vasta oscuridad del olvido. Cf. J. Borges, *El oro de los tigres*, Bs. Aires.
- (15) S. Freud, "Construcciones en psicoanálisis", en *Obras Completas*, Bibl. Nueva, Madrid, tomo III.
- (16) B. Magee: *Popper*, Grijalbo, Barcelona, 1974.
- (17) W. Quine: «Contenido empírico», en W. Quine: *Teorías y cosas*, UNAM, México, 1986.
- (18) J. Austin: *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1988.
- (19) Esto, si no queremos además referirnos a problemas como el de la vaguedad en los términos, la imposibilidad de determinación de límites precisos a conceptos, etc. Al respecto W. Quine, el artículo «Cuál es el precio de la bivalencia?» en el libro citado; o H. Putnam, *Es posible la semántica?*, UNAM, México.
- (20) H. Whyte: *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, 1992.
- (21) Fontana, J.: *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992.
- (22) A. Ambroggi: «El programa filosófico de los estudios sociológicos», mimeo, Rosario, 1994; S. Wolgar: *Ciencia: abriendo la caja negra*, Anthropos, Madrid, 1993.
- (23) J. Olagaray: «Investigación y movimiento psicoanalítico», ponencia, Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Río de Janeiro, 1990.
- (24) Fann, *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, Tecnos, Madrid, 1975.
- (25) Tal cual lo ha estudiado J. Elster mostrando la dificultad lógica existente en las elecciones de comportamiento humano. J. Elster: *Ulises y las sirenas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (26) M. de Certeau: *Epistemología y psicoanálisis*, Univ. Iberoamericana, México, 1995.